

La aguja imantada.

ITINERARIO DE UN PENSADOR

Eduardo OSPINA, S. J.

La primera jornada de este Itinerario fue publicada por REVISTA JAVERIANA (setiembre de 1939). Las otras dos están dedicadas especialmente a la gran revista fraternal UNIVERSIDAD CATOLICA BO-LIVARIANA. — *El Autor.*



JORNADA PRIMERA: Cómo el viajero pensador vio con certeza, allá en el horizonte, la Verdad fundamental acerca de la Felicidad.

En el viaje marítimo hay un personaje que atrae las miradas del pasajero observador. Desde los corredores de cubierta se le ve allá arriba en el puente de mando. Es el piloto. Su silueta, inseparable de la gran rueda del timón, se destaca por las amplias ventanas que forman el frente y los lados de la pequeña cámara prominente del timonel.

La figura del piloto, siempre en pie ante el noble timón, tiene la gran belleza de las cosas sencillas y eternas. El cuello abierto de la limpia camisa azul-oscura, deja descubierta toda la línea firme de la garganta; la gorra abombada le corona la cabeza con su cintillo negro, cuyos extremos sobre la nuca flotan al viento, y el perfil delantero, recortado sobre la atmósfera clara, afirma la mirada tendida horizontalmente hacia la lejanía. Por momentos la mirada desciende un poco para posarse sobre un objeto próximo colocado en una ménsula delantera. A esa mirada corresponde con frecuencia un suave movimiento en el timón, y un

La Aguja Imantada.

observador fino advertiría en el mismo instante en todo el barco ese cabeceo lateral que sentimos con nosotros mismos cuando nuestro vehículo cambia de dirección.

Así el rumbo del barco obedece al movimiento del timón, el timón obedece a la mirada del timonel, el timonel obedece al comando de un pequeño aparato: la brújula.

En nuestro último viaje el eslabonamiento de este proceso tan sencillo ocupó por muchas horas la meditación de uno de los viajeros.

En un rincón olvidado de la cubierta superior, entre dos lanchas de salvamento, apoyado sobre la borda, ponía la vista en el horizonte y más allá del horizonte la imaginación.

Y pensaba.

Cada navío, al zarpar de cada puerto, verifica el ángulo formado por la dirección de su rumbo y la dirección de la aguja imantada. Cada día, con la ayuda de las estrellas y de una triangulación esférica, el oficial de guardia verifica la posición del barco, para volver a precisar el rumbo y guardar fidelidad al ángulo con la pequeña e imperativa aguja imantada. El vértice de ese ángulo es el punto de apoyo de todo rumbo marino. A ese punto absoluto van vinculados los centenares de grandes o medianos trasatlánticos que hacen la travesía entre Europa y América, los centenares de vapores americanos o chinos o japoneses que cruzan el océano entre América y Asia, los botes pesqueros del Caribe, del Cantábrico, de la Mancha, del Báltico, los cazadores de ballenas de Terranova, Islandia y Noruega: millares y millares de embarcaciones en que el hombre se lanza a afrontar los ciclones de las Antillas, los tifones del mar de la China, las tormentas del mal llamado Pacífico, los peligrosos glaciales de los polos; todas esas cascariñas de nuez en cuyos mástiles cimbrantes parece izar la incansable y audaz acción humana aquel lema del navegante conquistador: *Vivere non necesse; navigare necesse...*

La brújula es el guía del hombre *inter mundanas varietates*.

¡Qué fenómeno físico tan maravilloso!

Delante de cada uno de esos millares de pilotos, la grácil aguja temblorosa se dirige siempre hacia el norte magnético, lo mismo en el

Estrecho de Magallanes que en el Golfo de México o en las radas de Arkángel. Y no sólo en el mar: a orillas del Putumayo o en las cumbres de Sierra-Nevada, en las playas del Congo o en las nieves de Siberia o entre los pinares alpestres, la brújula es la conductora del hombre: la agujita trémula siempre busca su norte.

Es cierto que si hacemos pasar cerca de la aguja un imán, ella se inclina hacia el imán; pero esto se lleva a cabo con tal inquietud de aquella aguja, que la creeríamos presa de un remordimiento por la infidelidad a su polo. . . . y en cuanto retiramos el imán, la aguja se dispara rápidamente, para volver a tomar la dirección norte. . . .

¿Qué mano misteriosa la hace guardar esa dirección? ¿Qué fascinación universal es esa que ejerce sobre millones de agujas imantadas el polo incógnito? ¿Cuál es la naturaleza de ese polo que difunde perpetuamente de sur a norte por las fibras del planeta ese como sutil escalofrío que hace estremecer las agujas imantadas en todos los puntos de la esfera?

Ignoramos lo que es en realidad el polo norte. Ignoramos qué es eso que llamamos campo magnético. Ignoramos por qué la aguja imantada busca siempre la dirección polar, y qué es la atracción magnética que determina esa dirección. Ignoramos también las causas que producen las variaciones locales de inclinación y declinación de los planos magnéticos. Pero en medio de tantas ignorancias respecto de este misterioso fenómeno, sabemos ciertamente algunos hechos: Sabemos que la aguja imantada busca siempre la dirección del polo. Sabemos que existe la atracción polar. Sabemos que esa propiedad de la aguja imantada es universal.

Más aún: de esos hechos podemos deducir algunas consecuencias, también ciertas. *Primera:* hay propiedades específicas comunes a todas las agujas imantadas del mundo. *Segunda:* la atracción magnética supone una naturaleza correspondiente entre el término que atrae y el término atraído, es decir: hay una como profunda disposición teleológica del polo para atraer la aguja imantada y de la aguja imantada para ser atraí-

da por el polo. *Tercera*; el hecho gigantesco y mundial de la atracción magnética terrestre muestra evidentemente que el foco de esa atracción no sólo existe, sino que es una realidad gigantesca y mundial.

* * *

Y aquí se ofrecía al viajero el punto más absorbente de su meditación.

Muchas veces suele decirse que la vida del hombre es como la nave que surca las olas sin dejar señal de su camino. Pero indudablemente para la nave que surca las olas lo más importante no es dejar señal de su camino, sino saber qué dirección ha de seguir en un momento dado y saber a qué puerto ha de llegar. Por eso la imaginación del viajero volvía obstinadamente a la aguja imantada y le parecía ver en ella una imagen más exacta y más conmovedora de la vida humana.

El alma humana es como la aguja magnética.

Para el filósofo, viajero del mar o de la tierra firme, uno de los hechos más fecundos de meditación son las tendencias fundamentales de los habitantes humanos de nuestro globo. Ellas, si es que en realidad son varias, vienen a sintetizarse en una sola: el empuje hacia la felicidad. Hay que llamarlo empuje, porque es como un lanzamiento de todo nuestro ser en dirección de un polo misterioso que nunca deja de atraer, aunque nunca se deja aprisionar. Empuje que parece pasar por los sentidos y hacerse sensible, pero que viene de más lejos; que parece atravesar la imaginación y la inteligencia y hacerse en ellas luz y color, pero que es anterior al conocimiento consciente; que parece identificarse con el sentimiento y la voluntad y hacerse en ellas llama y amor, pero que precede a los actos sentimentales y volitivos. Se traduce en actos de las facultades humanas, pero no nace en ninguna de ellas. Brota como de la fuente misma de la vida, como de la estructura metafísica de nuestra existencia. Mejor dicho: es la fuente misma de la vida que corre, es nuestra existencia que se afirma. . . .

Si examinamos con una investigación leal y certera nuestros innumerables deseos y acciones, patentes o recónditos, los encontraremos a

todos convergentes hacia un centro de anhelo y acción: el anhelo laborioso de la beatitud.

Si damos cuenta de nuestra observación a un amigo, él nos confiesa en voz confidente que él observa lo mismo en si propio.

Al rededor de nosotros el hombre vulgar cree leer el nombre de felicidad en el idioma de los sentidos y se va en pos de los sentidos. Al sabio le parece escuchar ese nombre orquestante entre las fórmulas matemáticas o entre los racionios filosóficos, como un susurro delicioso entre los árboles. El artista cree contemplar ese nombre en un iris de gloria trazado por el arte en el testero de su taller.

Ese íntimo anhelo de bienestar supremo hace al cazador de los Cárpatos correr por los riscos donde acecha la muerte, y hace abrir la mano al labrador lombardo y desprenderse pródigamente del grano precioso en que está su vida.

Y lo que es más curioso e inquietador, ese íntimo anhelo vibra también indomable en los pechos más rudimentarios. Y en éstos es más franco todavía. El parece aguijar la yegua fogosa del beduino hacia las lejanas palmeras. El enseña al indio a disponer dolosamente la atarraya para pescar el bagre en los remansos soleados de nuestros ríos, y él enseña al esquimal a manejar con el silbato los perros de sus trineos a través de las planicies heladas. El, perversamente desorientado, inspira a los hotentotes a traspasarse con anillos deformes los labios y la nariz, y a los fakires a constituirse víctimas del hambre y de la abyección.

Si me perdono una expresión paradójica, yo diría que toda alma humana está poseída por un tormento de felicidad.

Y sigamos analizando este extraño fenómeno.

El no es propiamente un impulso material, pero sabe y puede producir fuerza material: energía, mecánica, eléctrica, calorífica. . . .

Si como buenos filósofos buscamos las últimas causas, encontramos que ese impulso misterioso, por procesos complicados pero precisos, hace soplar el fuelle en la forja humilde y hace crujir las grúas colosales sobre los muelles; suelta los chispazos de las antenas radiodifusoras y hace girar las hélices en las alturas; descuelga los buzos hacia las profun-

didades opacas del mar y enfila los grandes telescopios hacia los arcanos azules del firmamento.

Toda la inmensa, toda la insomne expansión de energía material y psicológica que desarrolla en la superficie del mar y de la tierra la acción del hombre, brota de un foco único de energía: el impulso vital hacia la felicidad.

Fenómeno misterioso que, aunque concentrado en el fondo de cada espíritu, es ya en sí mismo una gigantesca, una formidable realidad. . . .

Y aquí surge y crece en importancia un nuevo punto de meditación.
¿Quién produce en las almas ese impulso?

Porque ese impulso hacia la felicidad tiene una gran semejanza con la atracción que estremece la aguja imantada.

El empuje hacia la felicidad no se busca a sí mismo sino a su polo, precisamente porque no se satisface consigo mismo. No es la concentración hacia sí, sino un lanzamiento fuera de sí.

No viene de nuestra voluntad, porque es anterior a todo acto voluntario; más aún, es el motor de toda voluntariedad.

No procede de nuestra misma naturaleza, porque en concreto no es una inclinación de la naturaleza: *es la naturaleza inclinada*. No es una tendencia natural: es la *naturaleza tendida*. . . . hacia su blanco.

Por tanto, en último análisis, este supremo movimiento vital no procede de nosotros mismos. No es un egoísmo que atrae: es un absoluto desprendimiento que se entrega. No es un anhelo de encontrarse a sí mismo: es una necesidad de encontrar otra cosa que no somos nosotros mismos. Necesidad de perderse. . . . para encontrarse.

Quien encuentra su alma, la perderá. Y quien perdiere su alma, la encontrará (1), dijo una Inteligencia que sondeó y esclareció el insondable enigma de la vida.

Pero si en todos los puntos del orbe el alma humana —como la aguja magnética— se siente atraída fuera de sí misma; si aun en medio de la enfermedad y de la tristeza y del pecado el alma humana —como la

(1) S. Mat., X, 39.

aguja magnética entre la niebla y entre la noche y entre la borrasca— siempre busca el polo misterioso que la atrae. . . . ¿dónde está el polo de las almas?

La utilidad, la bondad, la belleza de los seres que nos rodean, nos atraen, nos encantan, y a veces nos prometen un paraíso. ¿No está en él la felicidad? La historia del corazón humano dice que no. Aunque no existiera el desengaño por la imperfección de las cosas y de los hombres, ¿quién puede evitar el desengaño de su fugacidad? ¡Las cosas pasan! Pasan después de haber cortado un momento nuestro campo magnético, como el pequeño electroimán que desvía la aguja de su polo. . . . y nosotros sí que sentimos la inquietud, el remordimiento por desviarnos de nuestro polo. . . .

Y el viajero insistía otra vez en su pregunta: ¿Dónde está el polo de las almas?

Ante el fenómeno del magnetismo terrestre decimos: No sabemos lo que es el norte y campo magnéticos, ni por qué la aguja toma siempre la dirección polar, ni qué es la atracción que la domina. Pero sí sabemos que la aguja magnética busca siempre su polo; sabemos que existe la atracción polar; sabemos que esa propiedad es universal. Ante el fenómeno del magnetismo espiritual podemos decir razonablemente: No sabemos lo que es la felicidad, ni su campo de atracción; no sabemos por qué el alma está poseída de esa imantación polar hacia la beatitud; no sabemos en qué consiste esa imantación. Pero sí sabemos que existe esa imantación aprisionadora. . . . sabemos que nuestras almas están imantadas de felicidad.

Antes concluía: Hay propiedades específicas comunes a todas las agujas imantadas del mundo y principalmente la atractibilidad magnética. Es preciso decir: Hay propiedades específicas comunes a todas las almas de la tierra y principalmente la atractibilidad beatífica.

Antes decía: Hay como una disposición teleológica del polo para atraer la aguja imantada, y de la aguja imantada para ser atraída por el polo. Es necesario decir ahora: Hay una profunda disposición teleo-

La Aguja Imantada.

lógica de la felicidad para atraer las almas, y de las almas para ser atraídas por la felicidad.

Y antes la última conclusión era esta: El hecho gigantesco y mundial del magnetismo terrestre demuestra evidentemente que exterior a las agujas imantadas existe el foco de atracción y que ese foco es una realidad gigantesca y mundial. Hay que deducir también ahora una conclusión correspondiente: El hecho gigantesco y mundial de ser todas las almas atraídas hacia afuera por la felicidad demuestra evidentemente que, fuera de las almas, la felicidad existe y que ella es una inmensa realidad.

Fuera de las almas la felicidad existe como una inmensa realidad. "Felicidad". ¡Palabra abstracta! ¡Su realidad no existe allá afuera, como existe aquí en mi pensamiento!

¿Pues entonces qué naturaleza tiene en si misma esa realidad?

Nuestra ciencia nos dice que la masa atrae a la masa. La atracción magnética prueba la naturaleza magnética del polo, del campo y de la aguja. La acción y reacción física existe entre objetos de la misma naturaleza.

Análogamente: la atracción beatífica que obra sobre todas las facultades vitales vitalmente, es una atracción vital: luego el foco de esa atracción es una Vida.

Esa Vida nos atrae hasta por nuestros sentidos, por nuestra imaginación, por nuestra sensibilidad: luego hay una dependencia natural entre nuestras facultades sensibles y esa Vida.

Esa Vida atrae en un campo de luz nuestra inteligencia: luego esa Vida tiene que ser luz de Inteligencia.

Esa Vida afecta y aprisiona sobre todo lo más profundo, ardoroso y fuerte de nuestro espíritu, nuestra voluntad: luego esa Vida tiene que ser una ardiente, penetrante e irresistible llama de Amor.

La masa pesada de la tierra atrae nuestro cuerpo pesado y terrestre. . . . lo pesado atrae lo pesado. . . . lo magnético a lo magnético. . . . Lo que atrae nuestra mente, nuestro amor, nuestro espíritu, toda nuestra personalidad, tiene que ser un Espíritu personal.

Hay que ahondar aún con el pensamiento:

Nuestra aspiración de felicidad tiene un carácter de insatisfacción tan honda ante la experiencia de todo goce terreno y una necesidad tan imperiosa de inmortalidad ante la fugacidad de las cosas, que esa aspiración es una verdadera gravitación hacia lo omniperfecto y hacia lo eterno. Pero así, nuestra gravitación hacia lo omniperfecto significa que nos atrae el Omniperfecto; nuestra gravitación hacia lo inmortal es el atractivo del Eterno.

La Omniperfección...la Eternidad...son el Infinito!

Ahora bien:

Ese Sér con el cual mi naturaleza sensible tiene íntima relación;

ese Sér que es pura Inteligencia y puro Amor;

ese Sér capaz de darme todo lo que yo necesito y lo que no puede darme mi naturaleza tan grande y rica por su ímense mendiguez de omniperfección y eternidad;

ese Sér que es con más perfección que yo mismo un Sér personal;

ese Sér, Felicidad infinita, que es la única promesa necesaria para mi existencia laboriosa, dolorida y ardiente, — es lo que yo llamo

Dios.

mi Dios.

La aguja magnética es una presa de las fuerzas magnéticas del polo. Nosotros somos la presa de las fuerzas beatíficas de Dios.

Lejos del polo la aguja toma la dirección hacia él, y se siente arrastrar hacia él... Es todo el sentido de nuestra vida; sentimos en nosotros irresistiblemente la dirección polar, y sentimos en nosotros el arrastre polar hacia Dios...

En el polo la aguja se estabiliza verticalmente y cesa la atracción de lo lejano. Tiene que haber un estado definitivo en que para el hombre cesa la atracción de Dios y su inmenso, formidable atractivo, se convierte en su inmensa, beatificante posesión.

Antes recordé unas palabras profundas: *Quien encuentra su alma la perderá, y quien perdiere su alma...la encontrará.*

La Aguja Imantada.

Esas palabras no están completas: les faltan dos monosílabos, pequeño cofre de un Infinito: *Quien perdiere su alma POR MI, la encontrará.*

Tales palabras sólo pueden ser verdaderas en los labios divinos de la Felicidad.

* * *

Al pronunciar mentalmente estas palabras, el viajero que por estar al lado opuesto apenas había sentido los aletazos de una fuerte brisa, advirtió un vigoroso viraje de la embarcación. Levantó la vista hacia el puente de mando y vio los amplios sectores que cubrían los radios del timón entre las manos del piloto. Y dijo para sí:

—Vamos virando, sin duda para cortar de frente la brisa. Lo que importa es que no olvidemos las enseñanzas de la aguja imantada.



JORNADA SEGUNDA: Cómo el viajero del océano encontró el rumbo recto hacia la Felicidad.

Pero en un viaje marítimo hay mucho tiempo para pensar.

Nuestro pensativo navegante del mar y de la vida continuaba por días y días su meditación.

Para llegar a las precedentes conclusiones, basta un poco de observación, un poco de reflexión y un poco de rigor filosófico ante el examen reflexivo de sus observaciones.

Aquellas conclusiones se pueden sintetizar en estas dos: Primera: El hombre tiende por una necesidad esencial, estructural, hacia un Bien perfecto e indestructible, que le dé una felicidad plena e inmortal. Segunda: Esa tendencia no es sino la atracción vital ejercida por ese Bien perfecto y eterno, el cual por tanto existe y es Dios.

Pero estas adquisiciones de la reflexión y de la filosofía desgraciadamente no bastan.

¿Cómo no verificar con emoción y desconcierto estos tres hechos: la tendencia del hombre hacia Dios, la atracción de Dios sobre el hombre y la historia humana, es decir, los caminos divergentes de los hombres en su marcha hacia su felicidad que es Dios? ¿Es que en esto ya no se parece nuestra vida a la aguja imantada? Las direcciones de las agujas imantadas son todas convergentes hacia el polo; las de las almas, no.

¿Qué enigma hay aquí? Meditemos en él.

Hasta ahora me he concentrado hacia el interior, para analizar la tendencia esencial de las almas. Pero ahora quiero mirar hacia afuera. Quiero comprobar mis conclusiones con el estudio del hombre visible. El hombre es esencialmente social. El estudio de los movimientos colectivos e históricos de los hombres tiene dos ventajas: los sociales envuelven y refuerzan lo más significativo y profundo de las individualidades humanas y los históricos muestran esas tendencias en acción, desarrollada con más claridad y amplitud en una trayectoria secular.

Feliz del hombre que, al examinar la historia de la sociedad humana, pudiera llevar a cabo dos descubrimientos: primero, que la tendencia más profunda y perenne de las sociedades se identifica en su esencia misma con la más honda y vivaz tendencia de cada hombre, y segundo, que esas sociedades, o al menos alguna de ellas, poseen la luz, para mostrar con certeza el camino hacia nuestro único Bien.

Quien verificara estos dos hechos, habría encontrado, literalmente, la Felicidad.

En verdad que mi pensamiento se ha dirigido al punto más importante de la vida: al *unum necessarium*.

* * *

Para mayor precisión y provecho hay que limitar el campo de la observación.

Las sociedades en su aspecto específicamente cultural (artes, ciencias, costumbres. . .) no son de interés decisivo para mi estudio. Ante to-

do, porque ningún ser impersonal, sin vida, puede dar la felicidad a una personalidad viviente; luego, porque nada de lo que se limita al horizonte de la vida terrena es un bien inmortal, y en fin, porque de hecho ninguna civilización o cultura entre las históricas ha dado a los hombres la felicidad perfecta e inmortal.

Ya en el orden de las ideas es evidente que sólo las relaciones trascendentes del hombre con el Infinito pueden ser el camino de la felicidad. La religión es el conjunto de esas relaciones: la religión es por tanto el único camino posible hacia la felicidad.

¿Confirman esta idea los hechos profundos de la vida humana?

El hecho de la creencia de todas las razas humanas en la inmortalidad del alma es tan profundo y universal como su creencia en la divinidad.

Allá en lo más hondo de la conciencia y de la subconciencia, como los cimientos en lo más hondo de un edificio, yacen esas dos ideas primarias, fuertes y eficaces, en la ideología de todo hombre culto o rudimentario.

La forma en que se precisa la idea de Dios en los diversos pueblos puede ser fetichista o animista, antropomórfica o teromórfica, politeística, henoteística, monoteística, materialística, espiritualista, metafísica... Pero bajo todas esas formas, ricas o miserables, hay una misma idea, la más alta: *divinidad*. La imagen de Dios en las mentes participa de las condiciones mentales; pero la divinidad ocupa todas las mentes. . . .

Al llegar aquí, el pensamiento de nuestro navegante se detuvo un momento en su camino; pero pronto reanudó el paso.

Ante una posible objeción, meditaba así:

En este punto no hay que hacer caso alguno del ateísmo. Quatrefages, que recorrió todo el mundo en sus investigaciones etnográficas, escribe: "He buscado con la mayor solicitud el ateísmo y no lo he encontrado en parte alguna, excepto, en estado errático, en algunas sectas filosóficas de las naciones más antiguamente civilizadas" (2),

(2) *Introduction à l'étude des races humaines*. Paris, 1889, p. 254.

El ateísmo es un estado patológico, procedente del refinamiento filosófico, algo así como la dispepsia o el artritismo procedentes del refinamiento gastronómico. El ateísmo no es una tendencia fundamental del hombre, sino una aberración de su tendencia fundamental, como los hombres, que por fuerza natural aman la vida, a veces se matan.

Menos hay que inquietarse por las conquistas del ateísmo bolchevique. Ellos han publicado, ante el terror mundial, que sus adeptos pasaron en pocos años de un millón a tres, de tres a seis millones. Esas estadísticas son risueñas. El Soviet no puede hacer la estadística de sus ateos, mientras no aplique los tormentos de la Tcheka a probar la fortaleza de su ateísmo en el ateísmo. En esa campaña, tan instructiva por muchos aspectos, lo valioso no es el testimonio de quien se hace ateo por vivir, sino el testimonio de quien prefiere morir a ser ateo.

No es despreciable esta contribución del ateísmo a los datos de mi meditación.

Ante el pensamiento de la divinidad, tan variado y tan uno en las mentes humanas, todas las mentes humanas se polarizan hacia la divinidad como hacia el Sér del que depende nuestra felicidad. Con una mentalidad expiatoria u orante, con la esperanza en una absorción o en una transformación, todas las religiones profesan la creencia de que allá en el otro mundo —en el definitivo!— fuera o en contra de la divinidad no es posible la felicidad del hombre, y en cambio de que la felicidad del hombre está vinculada a la amistad divina.

Si esto es así, ya llegamos a una conclusión de enorme trascendencia: *la vida religiosa de la humanidad, que es la más honda e indestructible de sus actividades, está íntimamente unida, y en un sentido unificada, con la tendencia profunda e indestructible de cada hombre hacia la felicidad.*

¿Y no era esto lo primero que aspiraba a investigar en esta parte de mi meditación, es decir, comprobar si la tendencia de la humanidad, como sociedad, se identifica con la tendencia del hombre individual?

* * *

Nuestro filósofo experimentó el higiénico bienestar psicológico que sentimos cuando hemos acabado una obra difícil o hemos coronado con vigor una altura.

Pero faltaban otras por coronar.

El filósofo se puso otra vez en marcha. Quería *comprobar si entre las religiones de la humanidad, tan diferentes en sus formas concretas, hay alguna que sea el camino recto hacia la felicidad humana, o en otros términos, averiguar cuál es la verdadera religión del Dios verdadero.*

Problema desconcertante por su complicación. . . .

El viajero del mar que, al meditar estas cosas, se paseaba solitario en la cubierta superior, entre la brisa fresca y suavemente clara del atardecer, se detuvo de nuevo, como si un tropel confuso de ideas complicadas cerrara otra vez el paso a su inteligencia.

¿Cómo examinar todas las religiones del mundo para encontrar entre innumerables falsas la única verdadera? ¿Cómo encontrar un granito de oro caído del cielo entre las aguas tormentosas del océano?

Y se quedó mirando hacia el horizonte, como si esperara que allá, donde suelen aparecer por la tarde los faros continentales, allá en el moribundo incendio del poniente, apareciera un punto más brillante que lo siguiera guiando *inter mundanas varietates*.

Por de pronto no apareció ese punto de luz, sino más bien un punto oscuro.

Porque pensaba: —Si en la mentalidad de todas las religiones, si en la mente de todos los hombres existe la divinidad, entonces todos los hombres buscan a Dios y todas las religiones llevan a Dios. . . .

La frente del pensativo se contrajo con preocupación y sus ojos se clavaron en el suelo. Pero después de unos momentos, la frente se fue distendiendo hasta recobrar de nuevo su serenidad.

No! No basta tener una idea más o menos perfecta o imperfecta del puerto distante, para llegar a él. Todos los tripulantes de las doce barcas que salieron hace tres días de Biarritz a la pesca del salmón, llevan el puerto en su mente; pero si una corriente los arrastra hacia Terra-Nova o una galerna al fondo del mar, no basta pensar en el puerto verdadero, para fondear junto a sus muelles.

De dos puntos, un barco y un puerto, por ejemplo, parten innumerables líneas curvas o quebradas que los unen, innumerables líneas curvas, quebradas y rectas que no los unen. Para un barco hay infinitos rumbos que no llevan al puerto o que llevan a él por rodeos retardantes y no hay más que un rumbo recto, el más corto, que se debe llamar el único rumbo verdadero. Así sucede entre las religiones: la que no lleva a Dios, aunque el hombre piense que lo lleva, o la que lleva a El por rumbos torcidos, no puede ser la verdadera religión. La verdadera religión, como la línea recta, puede definirse la distancia más corta entre el hombre y Dios.

—Siento que las ideas se me esclarecen. Ojalá que acabe de aparecer allá lejos la luz del faro!

Y prosiguió recogido su meditación.

* * *

Por otra parte, pensaba, una inteligencia medianamente desarrollada puede con razón excluir de su examen un gran número de religiones, que se explican psicológicamente, pero que lógicamente son un absurdo. Todos los fetichismos idolátricos, todos los politeísmos antropomórficos, todos los dualismos antagonísticos suponen un concepto erróneo del Dios verdadero, el cual es un Infinito espiritual, único Sér que puede llamarse Dios y que por su infinitud misma es ajeno a la materialidad, a la pluralidad, a la beligerancia en frente de otro igual.

Esto ya es mucho avanzar, porque con esto queda descartada del juego la mayor parte de las religiones: las de los pueblos primitivos que llamamos bárbaros; las de los pueblos cultos que pasaron, aunque aún admiremos sus artes y sus ciencias; las de algunos grandes pueblos vivientes que impresionan por su número: islamismo, brahmanismo, confucianismo, . . .

Dejemos a un lado los pueblos bárbaros y los pueblos muertos, a los unos por bárbaros y a los otros por muertos.

Entre los grandes vivos, el islamismo es interesante y característico. Conozco el Corán y su autor. La historia del libro y de Mahomet Ben-abdalá hace ver con certeza la impresión digital dejada por la mano del

hombre. Es verdad que Alá es un concepto bastante aproximado al del Dios verdadero, como que fue adquirido por Mahoma en su comercio con los israelitas. Pero la práctica religiosa y moral que lo acompaña hablan bien claro de la invención humana: es un buen talento y un gran tacto popular que sabe certeramente lo que se debe conceder a la naturaleza del hombre, para que ella conceda de buen grado lo que le pide un inventor de religión.

Las graciosas patrañas del profeta de Alá hacen reír a los eruditos; pero son suficientes para pasar por prodigios ante los ojos maravillados de un pueblo primitivo. Los pueblos primitivos son la presa del Islam; pero el retrato de Mahoma nunca presidirá las aulas máximas de las Universidades europeas y americanas. El Islam no resiste el examen de la razón.

* * *

Pero lo resisten más las religiones de Buda y de Confucio?

Religiones en que el sentimiento vago y ardiente suplanta al raciocinio y la imaginación exuberante sustituye a la historia, sólo pueden ser religiones en un pueblo de Oriente, o lo que es lo mismo, no pueden ser la religión universal del Oriente y del Occidente, del Setentrion y del Mediodía.

Religión fundada en leyendas poéticas muestra la falta de razones lógicas y de hechos históricos, únicas bases de una verdadera religión para el hombre racional. La monstruosidad de un Buda puede ser tan simbólica cuanto se quiera; pero la monstruosidad nunca puede ser el símbolo verdadero de la verdadera divinidad.

Los rayos de luz seguían apuntando lentamente en el horizonte...

* * *

Por tanto si existe en el mundo la religión verdadera, camino recto hacia Dios, hacia la felicidad del hombre, esa religión es el Cristianismo.

Al llegar a esta conclusión nuestro viajero pensador respiró con más holgura, como cuando se sale de los ahogados pasadizos que reco-

ren la bodega de un barco trasatlántico a su cubierta iluminada por el sol.

Sin embargo, al querer reanudar el hilo de su meditación observó pronto en la cubierta iluminada objetos que proyectaban fuertes manchas de sombra sobre el espacio claro.

En el sentido que le dan las gentes al Cristianismo, es un nombre, no una cosa. El nombre cubre muchas cosas.

Las tres grandes agrupaciones: iglesias protestantes, iglesias orientales e iglesia católica romana, no expresan aún toda la división del Cristianismo, porque los dos primeros nombres están en plural: iglesias protestantes, iglesias orientales. Iglesias divididas. . . .

Sobre esta pluralidad medité mucho en otro tiempo, cuando me asedió, como ahora me empieza otra vez a asediar, el problema religioso.

Porque el Cristianismo para todos los cristianos es una religión revelada, es decir, una religión cuyos dogmas son la palabra de Dios, o sea, la verdad única.

Siendo esto así, nadie, entre los cristianos, puede pensar diversamente de la verdad revelada. Ahora bien: los centenares de sectas protestantes piensan diversamente entre sí. Luego o una sola de ellas o ninguna posee la verdad revelada. Si ninguna, el conjunto de todas no puede ser el verdadero Cristianismo; si una sola, las restantes no pueden ser el verdadero Cristianismo. Y además, si una sola, ¿cuál es ella? . . .

—Yo, yo!, claman todas a un tiempo.

Imposible entenderlas!

Pero la cuestión tiene otro aspecto no menos grave.

Los protestantismos han evolucionado terriblemente desde sus principios hasta nuestros días. Hoy los protestantes piensan muy diversamente de lo que pensaron sus fundadores. Y esto no sólo los protestantes liberales, que por haber suprimido casi todos los artículos del Credo no se pueden ya llamar cristianos, sino aun los ingleses, tan conservativos, son en muchas cosas un reverso de los antiguos.

Y así, o los fundadores tenían la verdad y sus hijos de hoy no la tienen, o no la tenían sus fundadores y entonces el protestantismo cae por su base.

Es ineludible la fuerza del argumento breve y fulgurante que el príncipe de los oradores franceses lanzó al rostro del protestantismo, después de mostrar sus numerosas y profundas variaciones: *Tú cambias, luego eres el error!*

La verdad no cambia.

* * *

Las iglesias orientales arrastran también un manto regio hecho girones.

Cómo pensar que más de treinta sectas separadas, independientes, hostiles entre sí, son la Iglesia de Cristo una y orgánica, tan armoniosa en su estructura y funcionamiento como el perfecto cuerpo humano, según la expresión del apóstol Pablo.

Además, los cristianos de esas iglesias profesan la fe en la Iglesia indestructible por la promesa y la asistencia de su Fundador, Cristo-Dios.

Como es sabido, la iglesia cismática oriental estuvo unida con la católica de Roma hasta el siglo IX. Entonces se separó de ella por algunos años. Reconciliada después, se apartó de nuevo en el siglo XI hasta nuestros días.

Estos hechos son la base de mortales consideraciones.

La Iglesia de Jesucristo —así piensan todos los cristianos— existe desde que El la fundó y existirá siempre. La Iglesia cismática oriental empezó a existir por primera vez en el siglo IX. ¿Entonces cómo puede ser la que Cristo fundó?

A los pocos años dejó de existir como iglesia independiente, para unirse de nuevo a la católica. ¿Entonces cómo puede llamarse inmortal?

Y otra observación. Un momento antes de separarse los orientales de los católicos en el siglo IX y otra vez en el XI, la oriental estaba unida a la romana. ¿En aquel momento existía la Iglesia de Cristo, o no existía? Si no existía, no es inmortal, lo cual es contra la profesión de fe de los orientales. Si existía, luego al separarse un momento después los orientales, se separaron de la Iglesia de Cristo.

Al llegar aquí, sin duda por efecto de la intensa concentración psicológica, sintió que se concentraban en un punto todas las luces dispersas de su inteligencia: las enseñanzas de su niñez, las mejores conclusiones de sus largas lecturas, las observaciones personales de sus viajes. . . . Le pareció comprender la invariabilidad doctrinal de la Iglesia católica, su inexplicable unidad de culto y organización, su misteriosa resistencia a todos los ataques hostiles, externos o internos, violentos o cautelosos, su incomparable fuerza creadora en la cultura y en la santidad. Y al contemplar la actualidad y la historia como en una mirada panorámica, sintió que sus pensamientos se formulaban en unas palabras que él había oído muchas veces en sus primeros años: *Una santa Iglesia, católica, apostólica, romana.*

Oh, misteriosa Iglesia católica! Tú eres la única Iglesia de Cristo y de sus santos: por eso eres Santa.

La serie milenaria de tus pontífices es una intacta cadena de oro, cuyo primer eslabón está clavado sobre la tumba del Primer Papa: por eso eres apostólica.

Tú tienes una cabeza visible, porque eres una sociedad de hombres, y tu Cabeza vive hace veinte siglos en la que fue capital del mundo y hoy es capital del Unievrso: por eso eres romana.

En veinte siglos tus legiones romanas han plantado sus tiendas y su bandera en todas las regiones del globo: por eso eres católica.

Oh, Iglesia de Cristo! Si en el mundo existe una lumbre que muestre el rumbo hacia la felicidad, esa lumbre eres tú!

En aquel momento se apagaba la claridad del crepúsculo; pero un faro hizo estallar su foco sobre la costa y recorrió circularmente toda la extensión de las aguas.

Al conmovido pensador, por un raro fenómeno de reminiscencia, le subieron a los labios las palabras que solían decir respetuosamente los campesinos en la granja de su padre, cuando se encendía por la tarde la primera luz:

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

¿Qué significaban esas palabras en boca de un filósofo que por muchos años, alejado de toda religión, sólo había cultivado el estudio de los libros y de los hombres?

—Sí, lo comprendo, pensó él mismo. Esta emoción que me embarca no es tal vez sino la oscilación estremecida de la aguja imantada, que al desprenderse de pequeños imanes perturbadores, vuelve a buscar su Norte. . . .



JORNADA TERCERA: Cómo el viajero del mar y de la vida, vino a encontrar por fin la Felicidad.

Después de las pocas horas necesarias para el intercambio postal y algún aprovisionamiento en aquel puerto, el barco del explorador de la Felicidad levó anclas muy temprano, de manera que cuando los pasajeros más livianos de sueño empezaron a aparecer sobre cubierta, tuvieron que orientarse mentalmente al observar que el sol matinal proyectaba las sombras de proa a popa y que al suroeste se recortaba el contorno de unos montes cuyo pedestal parecía emerger repentinamente de las olas: eran las montañas de las Islas Azores, que con sus faros los habían dirigido la noche anterior.

A la categoría de ligeros de sueño pertenecía el explorador de la Felicidad.

Contento con la jornada precedente, se tendió por la noche en la litera de su camarote, suavemente aprisionado por las ideas y sentimientos de su meditación, y pensando aún en ellos y esbozando a grandes líneas un itinerario para las jornadas siguientes, se quedó dormido con leves interrupciones hasta el amanecer. Subió a cubierta entre los primeros, y cuando allí el movimiento de las gentes que aumentaban y el ruido de las pláticas alegres empezaron a hacerse distractivos, el filósofo tomó la escalera del puente y empezó a pasearse solo, junto a las lanchas de salvamento, su sitio preferido.

Aquella mañana empezó a pensar así.

Las jornadas anteriores valen por una vida, y si toda la mía, comparada con ellas, tiene algún valor, es sin duda porque el estudio reflexivo y sincero de los hombres y de los libros me ha aportado bastante serenidad mental, alguna fuerza para la gimnasia del raciocinio y no pocos datos ciertos que me han traído con bien en mi exploración.

Verdadera exploración hacia grandes descubrimientos.

* * *

Cuando uno se acerca mentalmente a la Iglesia católica, tiene la impresión de que se acerca a lo verdadero y al mismo tiempo a lo personal. A la verdad absoluta, diría yo. Pero no a la verdad abstracta. No a lo absoluto, sino al Absoluto. Esta fórmula tiene un sentido imponente para un filósofo...

En la Iglesia encontramos al Absoluto personal en dos formas.

Ante todo en cuanto que la Iglesia en su misma unidad, estabilidad y fecundidad es un milagro gigantesco y perpetuo que nos hace palpar con un estremecimiento de respeto la presencia de Dios omnipotente.

Esa presencia del Poder es también la presencia del Amor. El amor de Dios, encarnado en Jesucristo vive de tal modo en el Catolicismo, que alimenta un incendio inextinguible en el corazón de los hombres.

Hay cosas invisibles, pero que muestran su presencia y su poder en poderosos efectos visibles. Nadie ha visto la corriente eléctrica; pero cuando pasa, palpamos su presencia en el calor del reóstato y la vemos en el rojo vivo de sus espirales. Cuando se considera a fondo la actualidad y el pasado de la Iglesia, se encuentra en ella una inmensa emoción que recorre las almas y las enciende y las transforma en algo muy diverso de lo que es el corazón humano cuando esa corriente misteriosa no atraviesa sus fibras: este es el hierro frío y duro; aquel, el hierro blando y encendido que parece transfigurarse en oro fundente.

El amor es la tendencia magnética de las almas hacia su polo. Pensemos en el hombre tendiendo hacia su felicidad por el amor. Pensemos en las grandes corrientes sociales que el amor produce.

* * *

Jesús de Nazaret inauguró su predicación hablando sobre el tema capital de la vida: la felicidad. Y dijo cosas tan originales e inesperadas acerca de ella, que se necesita tener alguna experiencia, para no tenerlas por desatinos o por simples paradojas atrevidas. Pero cuando se tiene un concepto real y profundo de la vida humana, hace la impresión de que Jesús, desde la montaña de su célebre sermón, dominara todos los horizontes del pasado y del porvenir.

Para comprender la original osadía de las Bienaventuranzas —*Bienaventuranza* significa *Felicidad*— hay que pensar en el ambiente social en que se lanzaron por primera vez al espacio.

En aquel pueblo que soñaba en las prosperidades terrenas del Reino mesiánico, entendido a su modo; en aquel pueblo que entonces como ahora, —verdadero judío errante— va por el mundo cargado con el raído cofre de sus tesoros, levantarse un joven del pueblo y decir:

Felices los pobres de espíritu! . . .

En un pueblo nutrido en rebeldía de corazón contra el extranjero y que saltaba en sublevación externa en cuanto se presentaba un pseudomesías que lo organizara de cualquier modo, decir solemne, trascendentalmente:

Felices los mansos! . . . Felices los que lloran! . . . Felices los misericordiosos! . . . Felices los pacíficos! . . .

En un pueblo olvidado del cultivo interior del espíritu, implicado en la casuística exteriorizante de los fariseos, satisfecho con las purificaciones visibles y con los sacrificios de animales, decir como principio de vida humana para todo hombre judío o gentil, griego o escita:

Felices los que han hambre y sed de justicia! . . . Felices los puros de corazón! . . . Felices los perseguidos por la virtud! . . .

. . . decir tales cosas en tal ambiente, es un prodigio humanamente inexplicable.

No hay genio que se sustraiga al influjo de su siglo. Cuando los genios, en los momentos culminantes de su inspiración, dicen cosas que desbordan de su horizonte social e histórico, se siente en ellos un calor,

una noble agitación, un generoso esfuerzo que nos hacen ver la mente excelsa sorprendida de su propia visión y no acostumbrada a la luz demasiado espléndida y al aire demasiado enrarecido de las alturas.

Las Bienaventuranzas no sólo desbordan de un país y de una época, sino que desbordan de los horizontes de la tierra y de los siglos, para irradiar en los cielos y esclarecer la eternidad:

Poseerán el Reino de los cielos... Verán a Dios... Serán llamados hijos de Dios

Y esas palabras inmensas se desprenden de los labios del Vidente con más tranquila naturalidad que las narraciones campestres de los labios de los pastores, y al mismo tiempo con tal plenitud de visión y con tal certeza de su verdad, como nunca hablaron hombres ni profetas... como sólo hablaría Dios, si hiciera suyos unos labios humanos.

Y termina sus Bienaventuranzas con una de esas palabras, frecuentes en El, de las cuales se ha dicho con razón que si no fueran palabras de Dios, serían expresiones de un loco:

Felices de vosotros, cuando por causa mía os execren y os persigan y os calumnien: alegraos con toda el alma, porque vuestro galardón es muy grande en el cielo!

En todas las religiones hay una convicción incondicional de que nuestra felicidad en esta y sobre todo en la otra vida depende de la amistad con Dios. Jesús de Nazaret hace depender nuestra dicha suprema y eterna de su amistad. Aquí hay una afirmación de su naturaleza divina y una promesa de nuestra felicidad.

La humanidad ha oído muchas promesas de felicidad; ha corrido por un momento en pos de la promesa deliciosa, y pronto ha sentido la fatiga de la carrera y la tristeza del engaño.

Pero la historia muestra que la parte más escogida de la humanidad sigue ardientemente a Cristo y nunca experimenta el desencanto: prueba evidente de que El cumple las promesas de sus Bienaventuranzas.

* * *

Es trágico el sentimiento que se experimenta al estudiar las escuelas filosóficas. Todas ellas se dirigen por una senda o por otra a la solución del gran problema humano. ¿Pero qué filosofía ha hecho a nadie feliz?

Una triste experiencia de la necesidad de saber sufrir inventa la teoría de los estoicos: "Hay que escupir el gozo y morder el dolor: así se llega a la felicidad!...".

Y una triste experiencia de la aridez estoica inventa la teoría de los epicúreos: "El sabio placer enseña al hombre a ser feliz"... .

Y una triste experiencia de todas las filosofías griegas produce el escepticismo y la inquietud romana: el escepticismo en los resignados a la mediocridad de la dicha, a la fementida *aurea mediocritas*. Horacio, que se llamó a sí mismo *Epicuri de grege porcus*, canta el goce presente y el olvido del porvenir: *Quid sit futurum cras, fuge quarere!*

Pero las almas ásperas y fuertes no se resignan a la despreocupación escéptica, y sienten allá en su interior una vaga inquietud por lo que vendrá y un sordo remordimiento que no se explican:

Se prepara la seda que en el festín sonría,
flores, festones, bálsamos, copas, rico licor...
En vano! De la fuente misma de la alegría
brotó algo amargo y raro que al paladar hastia,
como un sabor acerbo en la miel de una flor.
Es que en desidia inerme se inquieta el alma mía
de los remordimientos con el sutil temblor?... (3)

Estos versos de Lucrecio, latino anterior a nuestra era, se creerían de un romántico del siglo XIX.

Pero la inquietud atormenta todavía más al alma moderna. Atravesada, como la antigua, en la dirección hacia el Norte de la vida, en el desencanto nauseabundo por el placer siente con Hamlet un terror de inmortalidad ulterior, al mirar las dagas con que pudiera cortar el asco de sus días.

(3) *De rerum natura*, IV, 1, 127 sigts.

Toda la historia de la humanidad, fuera del Cristianismo, es el clamor adolorido por un fracaso espantoso de las almas que buscan la dicha con todas sus fuerzas y con todas sus fuerzas se hunden en el vacío de lo creado.

Y ante la desilusión abúlica del placer, aterrada por la duda tormentosa del más allá, qué contraste la historia de alegría y certidumbre en las almas cristianas que viven su Cristianismo, que viven su Cristo!

* * *

Al pensar en esta historia que él conocía bien, pero que nunca hasta ahora había analizado en sus razones íntimas, nuestro filósofo puso las dos manos sobre la baranda, y después de unos momentos de concentración, prosiguió intensamente su discurso interior.

¿Qué felicidad prometió y con qué certidumbre aquel pobre Mesías que no tenía donde reclinar la cabeza, qué prometió y cómo a aquellos tranquilos pescadores, súbditos del sentido común, apegados a sus barcas y a su mar, para que —después de El muerto!— lo dejaran todo por El y echaran a andar con la mirada ardiente en el horizonte y avanzaran hasta el Ganges, y hasta Roma, y hasta las Columnas de Hércules y acabaran al fin crucificados, transidos de ternura por la gloria inmerecida de su crucifixión?, . . .

¿Qué pasó en aquel polvoriento camino de Damasco, trillado mil veces por los camellos y mulos de los mercaderes, para que el fariseo más juvenil y agresivo, dijera con la frente en el polvo: *Señor, qué queréis que haga?* Y al oír la voz de mando del misterioso Vencedor, se pusiera en pie y emprendiera aquella conquista más grande y duradera que las del imperio romano y probara con su vida y con su muerte que no quería más gloria que la de su Señor Jesucristo Crucificado?. . . .

¿Qué enseñó Pedro —aquel vulgar galileo que hacía contratos de pesca en los atracaderos de Betsaida— qué enseñó Pedro a su paso por Antioquía, para que Ignacio, al ser arrastrado entre cadenas por los leopardos del emperador, escribiera a sus fraternales cristianos de Roma:

"Os ruego que no me mostréis una bondad importuna; dejadme ser pasto de las fieras por las cuales se me concede conseguir a Dios. Trigo soy de Dios y debo ser molido por los dientes de las fieras, para convertirme en pan puro de Cristo!" (1).

¿Qué sucedió en el mundo, para que a una distancia de 3.000 kilómetros del Calvario reaparecieran en los pies, manos y pecho de un pobrecillo del monte Alvernia las llagas de un crucificado trece siglos antes?...

Qué ideas y sentimientos se difundieron en la atmósfera por las selvas renanas, por donde pasaban en silencio los legionarios cautelosos, para que un descendiente de los feroces sicambros escribiera bajo las ojivas del claustro apacible: "*Estar sin Jesús es duro infierno; estar con Jesús es dulce paraíso*" (2).

Qué fecundo tormento de ambición y qué extraña fuerza conquistadora pudo surgir dieciseis siglos después del enterramiento del misterioso Nazareno, para que uno de tantos maestros de filosofía de la Sorbona, por pensar en El, por amarle a El, se transformara en conquistador espiritual de regiones apenas soñadas por la ambición de Alejandro, bautizara centenares de miles, y después de cuatro siglos siga arrastrando tras su magnífica figura legiones inacabables hacia su apostolado?...

Hechos portentosos, que suponen muchos otros hechos enormes en su respectivo ambiente histórico; pero que ante todo suponen una inmensa realidad, un inmenso foco de energía exterior —claro está!— a esas grandes figuras, porque el foco es uno mismo obrando en épocas distanciadas por siglos... Qué emoción preguntar en esta altura de mi camino: ¿Dónde está el polo de las almas?...

* * *

Pero hay otro hecho en la historia del mundo, que es en algún modo más impresionante. Estas bellas figuras aisladas tienen la celeste belleza de los luceros. Sin embargo, en estos veinte siglos se han formado

(1) *Carta a los rom.*, IV, 5.

(2) *De la Imit. de Cristo*, II, VIII.

en pos de Jesucristo otros grandes movimientos colectivos que tienen la grandeza, densidad y número de las nebulosas siderales.

Aquella multitud de los primeros cristianos, que convencidos por la palabra y milagros de los apóstoles, vendían todos sus bienes y ponían su valor al servicio de los pobres y ponían su vida y su sangre al servicio de Cristo. . . . Por promesas futuras dieron todo el presente. Y morían cantando: no se habían engañado!. . . . Esto no había sucedido hasta entonces en el mundo.

Y aquella legión meditativa de los anacoretas. . . . Un oasis misterioso, con misteriosas cisternas de vida tuvieron que encontrar ellos en el desierto, para que los hombres cultos de Roma, Nicomedia, Sebaste, Nisibe, Alejandria, dejaran los foros, los triclinios, el arte y el lujo romano-helénicos y se entregaran a una vida de austeridad y contemplación bajo las pobres chozas de palma. . . . En una sola ciudad de Egipto, Nitria, había 5.000 monjes a fines del siglo III. . . . Con Oxirincos 20.000 monjes. . . . Hombres en el pleno uso de sus facultades, en el libre uso de sus riquezas, hacer tal cambio?. . . . En la vida de estos hombres hubo sin duda un tiempo de deliberación, seguida del fuerte propósito de dar el todo por el todo. Y lo dieron todo, y al morir sentían que no se habían engañado.

¿Dónde está el polo de las almas?. . . .

Después aquella legión de los monjes de Occidente. . . . Aquellos claustros, joyas de arquitectura, ideales asilos de la paz y el trabajo, en los que las manos unidas en oración se desunían luego para empuñar el hacha y salir a desmontar las selvas seculares y enseñar a los bárbaros trashumantes a construir en piedra viva las casas de Dios y de los hombres y fundar la civilización moderna que irradió de millares de monasterios desde Irlanda a Chipre y desde las estribaciones de los Urales hasta la desembocadura del Tajo. . . . ¿Qué fuerza milagrosa los atraía en su entrega integral, y los fecundaba y los sostenía en su imposible vida?. . . .

Y estas son grandes corrientes históricas que empezaron en el siglo I y viven aún, creciendo siempre, en el siglo XX.

* * *

Entre ellas hay todavía dos de una caracterización tan fuerte que son una de las cosas más milagrosas acaecidas sobre la tierra: los mártires y los misioneros.

Mártir significa testigo. Los mártires dan testimonio con su sangre de la realidad de Jesucristo-Dios. "Nadie miente de valde", se ha dicho con toda razón, y se puede añadir con más razón aún: "Nadie da la vida para sostener una mentira".

El hecho del martirio muestra que los mártires tenían razones tan absolutas para su absoluta certidumbre, que quien no ha estudiado la causa cristiana debe aceptar el solo testimonio de los mártires como una prueba de la verdad del Cristianismo.

Cualquier niño puede mentir para evitar un castigo; pero sólo un niño de alto carácter se deja castigar por no decir una mentira. Este conmovedor testimonio a la verdad, grandiosamente ampliado, es el testimonio de los mártires: se dejan matar por no decir: Jesús no es Dios. La gravedad absoluta de la muerte es la prueba de la sinceridad absoluta del mártir. Su testimonio tiene una inmensa seriedad. Sólo un frívolo sin inteligencia puede mirar impasible tal testimonio de veracidad, inexplicable sin la verdad objetiva del testimonio.

Y una de las cosas más imponentes es el número de los mártires. Ese número crece desde el siglo primero en proporciones que se podrían llamar monstruosas por la monstruosidad de las persecuciones. Ha habido millares de mártires en todos los siglos y nosotros los hemos visto en Rusia, en México y en España.

Estos sí que daban el todo por el todo! Todo por Cristo! Las posesiones, el bienestar, la patria, la vida, hasta el honor. . . . ¿Por qué bien se pueden dar todos estos bienes? Sólo por el Bien infinito, el Polo de las almas!

* * *

No menos misterioso que el movimiento del martirio es el movimiento expansivo de la Iglesia misma. Ella avanza y se expande incontenible, como una fuerza de la naturaleza, y la continuidad de este titánico

esfuerzo expansivo es otro de los fenómenos incomparables de la historia. La historia de las cosas humanas es la obstinación de la inestabilidad. Y en medio de la formación, deformación y desvanecimiento de lo humano, la Iglesia se perfecciona y crece siempre: parece un castillo en construcción que, fundado en la roca de un islote, crece perpetuamente entre el perpetuo deshacerse de los oleajes espumosos y de las borrascas rugientes.

Esa admirable expansión del Catolicismo es la obra del apóstol.

Extraña psicología la del apóstol!

Epiritualidad del ideal, invisibilidad de la obra y del fruto, dureza del trabajo, producen ciertamente en la naturaleza humana frialdad y tedio. Y sin embargo el apóstol es el tipo de la fogosidad y de la decisión perseverante: es evidente que su Ideal no es una abstracción. . . .

Y aquí también avanzan las legiones!. . . .

Para la conversión del mundo antiguo a la Iglesia se necesitaron muchas legiones de apóstoles!. . . . Y para preparar y bautizar a los 400.000.000 del Catolicismo contemporáneo?. . . .

Hoy día las comunidades apostólicas de la Iglesia se cuentan por centenares.

Alguna de mis últimas lecturas me dio a conocer una de las principales. Su fundador fue un militar mundano y libertino, hasta el día en que convaleciente de una herida leyó una biografía de Jesús. Desde entonces se transformó totalmente por la entrega al amor de Cristo. (Siempre el gran misterio!. . . . Primero en el entregarse. . . . ¿A quién?. . . . Y luego la enorme fecundación de la personalidad, como respuesta de ese Alguien misterioso. . . .). Para glorificar en el mundo y en los siglos al gran Adorado, fundó esa sociedad que él quiso llamar precisamente "Compañía de Jesús", y la unió estrechamente al Pontificado, centro de la unidad y de la expansión católicas. Esa Compañía, entregada toda al apostolado, desde hace cuatro siglos ha crecido con la misma expansión radial de la Iglesia. De Roma avanzó por toda Europa hasta Lituania, Dinamarca, Escocia y Portugal. Tiene posiciones estra-

tégicas en Africa, desde el Cairo hasta la Colonia del Cabo, y en Asia desde Beiruth hasta el Japón. Pasó al Nuevo Mundo y trabaja por la Iglesia desde las pampas argentinas hasta las montañas del Canadá, y su heroica misión de Alaska es como un destacamento de exploradores que, al entrar en contacto, saluda a sus compañeros de las islas asiáticas, para cerrar un inmenso cerco de combate que envuelve al mundo. Unos mil jóvenes piden anualmente ser inscritos en la Compañía de Jesús. . . .

No me extraña. El apostolado católico es cosa deslumbrante para quien tenga corazón. . . . Pero lo que en él más me impresiona es que plantea potentemente el gran problema humano. Porque el apóstol, como los anacoretas antiguos, deja todas las cosas, y como Pedro y Pablo y Francisco Javier emprende una conquista en que no encuentra sino privaciones y fatigas. Ahora bien: el apóstol, como todo hombre, busca en todo necesariamente la felicidad. ¿Pero qué felicidad encuentra en el renunciamiento y en la fatiga hasta la muerte? Ninguna! . . . fuera de Cristo.

El que perdiere su alma por Mi, la encontrará. Tales palabras no pueden ser verdaderas sino en los labios divinos de la Felicidad, el polo de las almas.

El viajero filósofo había prolongado su meditación por días enteros, y cuando un día, ya entrada la noche, llegó a esta última parte de su itinerario intelectual, el barco estaba ya al cabo de su itinerario marítimo.

El pensador sentía que en su mente se habían ido encendiendo las ideas como en el cielo los luceros y en el puerto los faros. El puerto español iluminado desplegaba ante la proa su amplia bahía en que riaban millares de luces. Hacia la altura se esparcía una suave irradiación, como una aureola sobre la ciudad. De frente, coronando el alto frontispicio de un templo, una estatua esbelta de mármol blanco, enfocada por un reflector, parecía bendecir el mar, al emerger como una aparición entre la profundidad constelada de la noche.

Eduardo Ospina, S. J.

Al advertirla, el explorador de la Felicidad sintió que le daba un vuelco el corazón.

La miró fijamente. . . . y sin duda que vio en ella muchas cosas pasadas, presentes y futuras. . . . porque se echó sobre la borda y, con una emoción nunca sentida, sus labios repitieron las palabras de un poeta de su tierra lejana:

Allá está el ¡ideal! Allá boguemos!
Dad impulso a la barca! . . .

Eduardo OSPINA, S. J.

